

QUESTIONES TEOLÓGICAS

R.P. DOM BERNARD-MARIE MARECHAUX

Bendición de la Congregación Olivetana

EL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS

ÁNGELES Y DEMONIOS

Traducción del idioma francés

Acción divina, acción angélica, acción humana

Según lo que dijimos, la acción angélica, acotada de un lado por la acción divina, del otro por la acción humana.

La acción divina es interior a los espíritus como a los cuerpos; la acción angélica es interior a los cuerpos, pero exterior a los espíritus; la acción humana es exterior a los cuerpos como a los espíritus. Algunas nuevas explicaciones harán que se entiendan mejor todavía estas distinciones esenciales que hay que conocer.

Dios, creador y padre de los espíritus, siguiendo la bella expresión de las Escrituras, tratándolos con el mayor respeto, ejerce sobre ellos un dominio absoluto. Les es interior, y actúa en ellos como le place. Directamente hace sentir su presencia, y aplica inmediatamente su acción sobre las facultades maestras de nuestra alma, a la inteligencia y a la voluntad. Alumbra a veces la inteligencia con una palabra que santa Teresa llamaba sustancial, y que decía marcada a un signo tan absoluto de autoridad, que no puede equivocarse en su origen y en su naturaleza. Toca la voluntad, sin forzarle, en su punto más íntimo; y ninguna voluntad, por muy dura que pueda ser, puede librarse de su acción, cuando le place hacerla eficaz. Así es como Dios afirma sus derechos inalienables y manifiesta su potencia infinita. Es la luz primordial y la vida de los espíritus, como el autor de toda existencia.

Respecto al espíritu increado, todos los espíritus creados están, por decirlo así, sobre la misma línea, aunque hay entre ellos toda una jerarquía de funciones y de precedencias. Queremos decir que el más humilde de los espíritus tiene en realidad sólo a Dios como superior absoluto; los otros espíritus son para él hermanos y no dueños. Directamente no pueden actuar en él, ni penetrar en el santuario íntimo de sus pensamientos y de sus afecciones. Dios solo tiene la llave, no se la comunica a nadie, y hasta podemos decir que no es comunicable. Supongamos en efecto dos espíritus que se revelan mutuamente sus pensamientos más secretos; están en comunión uno con otro por ciertas imágenes espirituales, y no por el fundamento mismo de su ser. Jamás diremos que dos espíritus son uno en el otro, como Dios está en los ángeles buenos y como los ángeles buenos están en Dios, como él está en las almas santas y como las almas santas están en él.

Es pues el privilegio de Dios ser interior a los espíritus; entre ellos los espíritus solo pueden entenderse entre sí por sus actos, por sus facultades, de ninguna manera por su esencia. Esta doctrina es muy rica en consecuencias y en deducciones consoladoras: está cara a cara, está de corazón a corazón solo con Dios, nuestro único bien, nuestra única verdadera y soberana beatitud, siempre ha deleitado las almas santas. Ningún espíritu creado puede tomar el lugar de este Dios cuya dulzura es infinita. Los ángeles buenos velan a la puerta del santuario donde se consuma la unión del alma con él. No penetran allá, y le dicen a las criaturas: ¡Guarden silencio y no molesten al Esposo en su sueño!

En cuanto al espíritu maligno, también él no habita en el alma, ni siquiera en el alma pecadora. Ella está vacía, y es precisamente este vacío el que ocasiona su desgracia y su condenación eterna.

Dios no suprime la voluntad, cuando actúa en ella: al contrario la hace activa, y activa por sí misma. El diablo, el simio de Dios, ata y paraliza la voluntad a la que sustituye.

¿Qué se puede pensar ahora de esos sabios que dicen que una alma puede actuar directamente sobre otra alma, y de alguna manera suprimir su voluntad? Este fenómeno en sí mismo sería de orden divino. En realidad, es simplemente diabólico; porque si el diablo no puede actuar directamente sobre la inteligencia y la voluntad, puede impresionar la imaginación, y por ahí sugerir a un sujeto sometido a su acción ciertos pensamientos y ciertos actos.

Esto nos lleva a establecer muy claramente la distinción entre la acción angélica y la acción humana.

Solo Dios es absolutamente superior a los espíritus; y como tal, sólo él puede actuar en ellos, están abiertos y permeables sólo a él. Entre sí los espíritus no pueden, solo tienen dependencias relativas que no permiten una intervención semejante.

Pero el espíritu es superior al cuerpo; y esta superioridad permite a la sustancia espiritual actuar dentro de la sustancia corporal, no sin duda tan íntimamente como Dios mismo, y sin embargo de una manera muy penetrante y muy sutil.

En virtud de esta superioridad del espíritu sobre la materia, el alma que es el más humilde de los espíritus anima y vivifica el cuerpo; en virtud de esta misma superioridad, los otros espíritus, ángeles o demonios,

penetran por todas partes, y ponen en juego las fuerzas más íntimas de la naturaleza.

Solamente el alma, por su unión sustancial al cuerpo, se encuentra privada de esta facultad de penetración enfrente de otros cuerpos: no es ella quien actúa, es el compuesto, es el hombre; y el hombre, no siendo un espíritu puro, puede actuar sólo exteriormente. Un cuerpo solo puede actuar sobre otro cuerpo por medio de un contacto externo.

He aquí pues la línea de demarcación trazada entre la acción humana y la acción angélica. La primera, emanando de un ser compuesto de cuerpo y de alma, es sometida a las leyes que determinan la acción de los cuerpos unos sobre otros; el segundo está libre de estas leyes, no está atado al tiempo y al espacio, no es detenido por la impenetrabilidad mutua de las sustancias materiales; alcanza hasta la composición de la molécula elemental, hasta el punto de unión del cuerpo y del alma. Lo alcanza, decimos, como motor y no como principio de vida. Porque el ángel no tiene poder para vivificar; y es así que su acción, incluso sobre los cuerpos, se queda infinitamente debajo de la acción divina que da el ser donde está el ser, difunde la vida donde hay una vida, infunde la inteligencia donde hay una inteligencia, que es interno a toda esencia manteniéndose inmisible.

Hoy, más que nunca, es oportuno recordar estos grandes principios de la filosofía católica que, en el fondo, son solo principios de sentido común explicados y aplicados. Por haberse apartado de eso, nos topamos con hipótesis insensatas; y, lo que todavía es más lastimoso, nos entregamos a las prácticas más peligrosas, que abren la puerta a la interferencia de los espíritus del error.

No, el alma humana no es un ángel; no puede actuar angélicamente, dejando a un lado sus procesos naturales de acción; ella no puede comunicarse directamente con otra alma.

Pascal dijo en alguna parte: ¿Quién quiere hacer que el ángel haga la bestia? ¿No vemos esta palabra con demasiada frecuencia? Los grandes eruditos, quiénes hablan de acción a distancia, de sugerencia de pensamientos, de comunicación de alma a alma, ¿no provocan ellos escenas donde la bestia humana parece única y tristemente desencadenada?

No es impunemente que repudiamos los principios, y que jugamos con el misterio en el cual Dios colocó el alma humana, reservándose la entrada y prohibiéndola a toda criatura incluso angélica.